

# BEGOÑA.

Paloma Fernández Gomá.

Después de que ocurriera el trágico accidente de Emilio, quedó un extraño vacío en el espíritu de Begoña e intentó llenarlo con viajes largos a lugares muy diferentes y donde antes nunca estuvo. Así pasó un año tratando de oscurecer en su memoria la caída mortal que le hizo perder la vida a Emilio, clavándole en el corazón la rama de un árbol caduco cubierto de nieve en aquella estación de invierno en los Alpes.

Pensó Begoña volver a la realidad y asumir su papel de viuda desconsolada para hacer frente a la realidad. No quiso marcharse con su familia, prefirió instalarse en la casa que Emilio tenía en su pueblo y que los dos habían decidido habitar después de la luna de miel.

La casa estaba en un paraje hermoso y a la vez insólito. Se encontraba alejada del pueblo sobre unas rocas, en un lugar abrupto rodeado por una amplia curva del río. Su llegada a la casa no le deparó grandes alegrías; a decir verdad, la gente del lugar se mostró huraña y poco dispuesta a mostrarle su apoyo, cuanto menos su amistad, ya que consideraban la trágica muerte de Emilio como una especie de maleficio que había sido provocado por su reciente boda con aquella mujer ajena a todos ellos, de costumbres muy distintas a las suyas y forma de vivir demasiado moderna, según ellos.

Las tierras estaban en baldío y no conseguía a nadie que quisiera trabajarlas. Al cabo de un tiempo contrató un capataz que no era de aquella región y por el pueblo se rumoreaba que andaba huido de la justicia. A consecuencia de esto había accedido a trabajar con Begoña, a pesar de la leyenda negra que la rodeaba.

Aparte del capataz, solía visitar la finca el hijo de un cazador furtivo. Juan era un mozo de aspecto descuidado que, según todos, lo único que le llevaba por aquellos alrededores era la sirvienta, con la que hablaba y le preparaba alguna cosa de comer o bien le solía comprar algo de su caza, pese a haber sido cazado en el coto de la finca, pues la muchacha había convencido a la señora de la necesidad que tenían Juan y su padre de sacar algunas pesetas. Aquellos dos hombres vivían solos en el monte sin más compañía ni calor que el recibido por ellos mismos. El muchacho siempre merodeaba por los alrededores y olisqueaba de acá

por allá, tratando de entrever en sus correrías a la señora, pero nunca llegó a hablar con ella. Sólo Benita, la madre de Araceli, la sirvienta, se había percatado de aquel hecho, aunque muchas veces la que andaba por allí era su hija y no la señora, por lo que olvidó pronto sacar cualquier conjetura.

Fue una mañana de primavera, cuando llegó al patio de la casa el caballo del capataz con su jinete colgado del estribo. El cuerpo de aquel hombre, grande y fuerte, estaba sin vida, con la garganta degollada y sin una gota de sangre en sus venas.

Aquel suceso sirvió para apoyar la habladuría de que Begoña causaba la muerte a los hombres que la rodeaban. Benita y su hija junto con Begoña fueron las únicas personas que acompañaron el cuerpo del capataz hasta la tumba.

Una gran desazón por la hostilidad de las gentes de aquel pueblo y por su extraña forma de pensar urdiendo increíbles leyendas de hechizos sin fundamentos, confundían la mente de Begoña, mas se negaba a abandonar su casa y claudicar ante aquella gente ignorante y supersticiosa que se empeñaban en atribuirle dones maléficos.

Por aquel entonces recibió la visita de su hermana que vino a pasar una temporada con ella. Aunque Begoña no pidió jamás ayuda a su familia, fue su hermana la que quiso pasar algún tiempo junto a ella, para tratar de ayudarla a soportar toda esa pesadilla o bien convencerla de que dejara la casa y se fuera con sus padres lejos de aquel lugar que sólo la deparaba desdichas. Las tierras quedaron improductivas y la casa se mantenía de otras rentas e inmuebles. Begoña cesó en su empeño de cultivar las tierras y se dedicaron a vivir disfrutando de aquel paisaje salvaje y único que atraía a los cazadores y les dejaba subsistir gracias a los animales que habitaban los bosques. Juan y su padre eran los únicos hombres que de vez en cuando se acercaban por allí para vender su caza y probar algunos de los guisos de Benita.

Transcurrido algún tiempo Begoña se dejó convencer por su hermana y decidió marcharse a la ciudad, vender las fincas y comprarse una casa nueva en Madrid o Barcelona, quizá en París... La cuestión era alejarse del arco del río y de la casa vetusta y llena de recuerdos tristes. Perderse por calles bulliciosas e iluminadas, elegir las mejores ofertas de los anuncios fluorescentes que te invitan a comprar, sumirse en el mundo del ruido y de las prisas para ir olvidando aquella pesadilla. Pensó en ultimar unas llamadas, firmar algunos talones y después de desayunar subir al dormitorio de su hermana para comunicarle su decisión definitiva de abandonar el pueblo. Al abrir la puerta del cuarto encontró el cuerpo de Elena tendido sobre la alfombra con un pañuelo apretando su cuello. El cuerpo de Elena estaba rígido, la vida le había abandonado como al capataz y a Emilio.

La investigación criminal llevó varios meses, durante los cuales Begoña estuvo sumida en el más estricto de los silencios clausurando todos los proyectos de viaje y con la firme idea de no abandonar aquel lugar al que se encontraba asida por un extraño lazo maléfico y negro, que parecía suministrarle savia envenenada para seguir viviendo del recuerdo de sus muertos.

Esta vez las investigaciones policiales fueron más exhaustivas, puesto que con el capataz se consideró la hipótesis de que fuera una venganza ya que todos sabían que venía huído de otro pueblo.

La policía no conseguía ninguna pista que les llevara a iniciar una investigación. Begoña había desayunado en la cocina con Benita y su hija. Estando allí las tres juntas, bajó Elena durante unos minutos a la cocina para tomar un vaso de leche caliente y luego subió a la alcoba para acostarse un rato, ya que se quejaba de un fuerte dolor de cabeza. Pasada una media hora más o menos, al subir Begoña a la habitación la halló muerta, sin que en el cuarto hubiera la más leve pista que denotara la presencia del posible asesino.

Los sucesivos interrogatorios a distintas personas que estuvieran allegadas a la víctima, llevaron a hacer cada vez más continuos e intensos los contactos de la policía con Juan, el hijo del cazador furtivo. El joven se ponía muy nervioso y algunas veces llegó a contradecirse. Una mañana turbia de enero, cuando el padre y el hijo habían salido a cazar, llegaron dos policías acompañados de la Guardia Civil a su cabaña. Esperaron hasta la tarde para dar tiempo a que bajaran del monte los dos hombres. Allí en su misma vivienda tuvo lugar el último interrogatorio. Juan sin darse cuenta y lleno de balbuceos y nuevas contradicciones fue delatándose ante la mirada atónita de su padre.

Por último, debajo del camastro donde dormía el muchacho, aparecieron algunas prendas de Begoña: unos guantes, una blusa, dos pañuelos... Juan confesó que no quería perderla, porque de pronto había entrado en su mundo para llenarlo todo.

-...Y es que en los montes y junto a los cortijos también habitan hadas y los gañanes matan para que nunca se vayan- decía a media voz el policía encargado del caso, mientras los guardias esposaban a Juan...



